

JOSÉ CALVO POYATO

El manuscrito de
CALDERÓN

PLAZA  JANÉS

Estas aventuras de Pedro Capablanca y fray Hortensio Algodonaes son una ficción ambientada en el marco histórico de la España de Carlos II. No habrían sido posibles sin la ayuda y colaboración de otras personas, por ello quiero hacer público mi reconocimiento a mi editora, María Borrás, quien desde el primer momento creyó en este proyecto. A Silvia Bastos, mi agente, por su continuo apoyo. También deseo manifestar mi agradecimiento a los amigos que siempre me animan y a mis lectores por su fidelidad. Y a Cristina, a Helena y a Alonso por el tiempo que no les di para dedicárselo al pesquisidor.

EL AUTOR

Los alguaciles habían recibido instrucciones muy concretas ante los problemas que provocaban ciertos excesos. El ambiente que se respiraba no era propicio para que la autoridad ejerciese sus funciones con severidad, y el corregidor había reunido a los alcaldes de Casa y Corte para que advirtiesen a todos los hombres a su cargo que hicieran la vista gorda ante determinados incumplimientos de la ley. La situación requería mucha paciencia y no poca habilidad porque la tensión era tan fuerte que cualquier asunto menor podía encender la chispa de un altercado cuyas últimas consecuencias nadie era capaz de prever en las circunstancias que se vivían.

Bastante tenían las autoridades con que no se repitiesen los problemas de desabastecimiento de pan y otros productos de primera necesidad que el vecindario había sufrido hacía pocas fechas. Los esfuerzos deberían concentrarse —el corregidor lo había dejado muy claro— en que llegasen de los dos Carabancheles, de Valdemoro y de Pinto las carretadas de pan suficientes para cumplir con el abasto que los panaderos de la corte no podían suministrar. También había insistido en que se extremase la vigilancia del tropel de ociosos y desocupados que pululaban por las calles y que eran un peligroso elemento para calentar cualquier algarada que se pudiese producir. No había sido más

explícito, pero sus palabras fueron rotundas: «Las cosas están mucho peor de lo que vuestas mercedes puedan imaginar».

Había recomendado una especial atención a los grupos de veteranos que andaban desafiantes por todos los rincones de Madrid —mostrando unas agallas que no tuvieron con los portugueses en la rota de Extremoz— con las gentes más indefensas, a las que amenazaban y vituperaban si no se sometían a los dictérios de su arbitrio.

Las rondas nocturnas de alguaciles se preparaban para sus cotidianos paseos con el objeto de asegurar el necesario descanso a los vecinos y de evitar en lo posible los altercados que durante la noche solían producirse por los más variados motivos. Eran frecuentes los ajustes de cuentas, así como los encargos de apaleos y otros crímenes mayores. En las últimas semanas se habían sufrido, además de los atracos y hurtos comunes a una capital como Madrid, dos robos sonados. Uno en la casa de un hombre de negocios —mercader de paños de Flandes y banquero—, Juan de Arteta, donde, después de malherir a dos de sus criados, se llevaron la suma de dos mil y quinientos ducados que estaban en un arca, dispuestos para el pago de una partida de encajes venidos de Brujas. El otro, en casa del duque de Osuna, en la quinta que el noble poseía en la alameda de su nombre, donde a falta de buenos doblones los autores del latrocinio arramblaron con la plata que encontraron, llevándose piezas de la vajilla, candelabros, cubterría y otros objetos de adorno. Los rumores apuntaban a que por lo bajo, una vez fundida, aquella plata podía amonedarse en no menos de cinco mil ducados.

Pese a las pesquisas nada se había sacado en claro. Aquel fracaso de la autoridad, sin duda, daría alas a los malhechores para próximas actuaciones, alentados con la impunidad en que quedaban sus crímenes.

Una de las rondas formada por dos alguaciles y cuatro corchetes, pertrechada convenientemente con sus fanales, bujías,

mechas y otros adminículos de alumbrar, y armada como si de entrar en combate se tratase, dejó atrás la plazuela de la Villa y cruzó el dédalo de callejas que se abrían a poniente de la plaza Mayor camino de la calle de Toledo, donde en su parte alta se concentraban mesones, figones y otros tugurios donde a partir de aquellas horas se daban cita *capaores*, jugadores de ventaja, tahúres, comediantes, algunos poetas y gentes de la farándula de parecida condición y que en tales lugares de perdición se amontonaban. Allí, a partir de la hora en que lo decente y honrado era permanecer encerrados en las viviendas, dichas gentes —lo más granado de la truhanería madrileña— desarrollaban sus actividades, como si de aves de rapiña se tratase. Allí se cerraban tratos sobre ajustes de cuentas, se le daba aire a los naipes y a los dados, se cantaba y se bailaba, se fornicaba en camaretas dispuestas al efecto, se bebía sin tasa ni medida, se juraba, se blasfemaba y se cometían todo tipo de ofensas a Dios Nuestro Señor, a las que no eran ajenos clérigos procaces y descarriados.

El que fuese tiempo de cuaresma, época propicia al arrepentimiento y la meditación, poco importaba a gentes de tan baja calaña, sin alma, sin Dios y sin principios, que no tenían empacho alguno en juntarse para sus diversiones y fechorías. La ronda pasaría por delante de aquellos antros de pecado, pero no ejercitaría sus funciones en cumplimiento de las órdenes recibidas, a no ser que los excesos pasasen más allá de lo que en punto de honra sus integrantes pudiesen soportar. Es decir, sólo en caso de ser agredidos se daría la respuesta requerida por aquello de salvar el principio de autoridad, que era el único que el corregidor estaba dispuesto a defender a todo trance.

Los dos alguaciles habían discutido sobre la conveniencia o no de transitar por tales predios, dadas las circunstancias que concurrían y las consecuencias que podían derivarse de su presencia. Se había impuesto el criterio del de más edad de, al menos, pasear por el lugar para no dejar totalmente el campo libre

a gentes de tal laya y condición. Había también influido el que los vecinos respetables que, desde sus ventanas, rejas y celosías fisgoneaban, se viesan arrojados por la presencia de los representantes de la justicia, aunque hubiesen de hacer la vista gorda ante los desmanes que allí tenían lugar, siempre y cuando todo transcurriese con cierta discreción en el interior de aquellos antros del infierno.

—Como ya sabrá vuesa merced, se reabren los corrales de comedias —desde hacía algunos días aquél era el tema principal de las conversaciones por todos los rincones de Madrid.

—¿Y conoce vuesa merced —respondió el otro alguacil— las causas que han motivado esa apertura?

—No, no las conozco. Pero he de suponer que se ha dado por concluido el luto por la muerte de Su Majestad, que gloria de Dios haya.

Aquella respuesta hizo que el alguacil que había hecho la pregunta se atusase los bigotes de forma ostentosa, dando a entender que poseía mejores fuentes de información. Para completar su gesto de superioridad, guardó silencio hasta que la voz irritada del más veterano de los alguaciles hubo de preguntar:

—¿Acaso hay otras razones que conozca vuesa merced?

—Ciertamente.

—¿Y cuáles son, si es que pueden saberse? —El tono de la pregunta denotaba cierto malestar.

—Las mismas por las que el señor corregidor ha ordenado que se haga la vista gorda para evitar en lo posible situaciones de conflicto.

—¿Puede vuesa merced explicarse mejor?

—Se ha decidido la apertura para tener algo con que entretener al pueblo. Ya sabe vuesa merced, un escape para dar salida a las tensiones que estamos viviendo. ¡Corren malos tiempos, don Pedro!

—¡En eso tiene vuesa merced toda la razón! ¡Por este ca-